

la caracterización del sacristán, como un personaje burlesco — “el más abundante en los entremeses” —, de sotana negra y gastada, de corte de cabellos ridículo, perezoso, cobarde, rufián, ladrón, de una fe de bronce, y a quien los autores se complacen en llamar ‘chuparrresponso’, ‘sacristán gramático’, ‘sotasacristán de Satanás’, es continuación de la sátira anticlerical, abundante en la literatura medieval española.

GUSTA SIGURS, *Le vocabulaire médical français aux XIVe - XVIe siècles: Sa formation et son développement*, págs. 63-74. — El autor presupone, con Bruneau (*Histoire de la langue française*, tomo II, págs. 36-55) que el léxico francés de la medicina del siglo xvi encuentra su punto de partida en el léxico de la cirugía de los siglos XIII y XIV; y encara el estudio de las relaciones entre estos dos léxicos, comparando algunos textos de dos profesores de la Facultad de Medicina de Montpellier, en los siglos XIV y XVI.

Sigurs establece las relaciones entre el vocabulario médico latino o grecolatino, y el vocabulario de la medicina en francés; luego determina las formas cultas y su revitalización, el empleo de la derivación culta, el empleo de la derivación popular, los sinónimos, populares o cultos, con un mismo radical, y el triunfo de los cultismos en la creación del vocabulario en cuestión.

Concluye el autor afirmando que a mediados del siglo XVI el léxico de la medicina en francés definió las reglas de su desarrollo: predominio de las formas cultas sobre los términos de origen popular y acercamiento cada vez más sensible de este léxico al griego y al latín.

Comptes-rendus, págs. 75-133.

ALBERTO ZULUAGA OSPINA.

Instituto Caro y Cuervo.

**REVISTA DE DIALECTOLOGIA Y TRADICIONES POPULARES.** Madrid, tomo XX, 1964.

FERNANDO RUBIO, O. S. A., *Toponimia menor del Valle Gordo (León)*, págs. 77-89. — Se presenta en este artículo un completo trabajo sobre 647 topónimos, divididos y ordenados en 9 grupos.

---

sacerdote o conventual enamorado de todas las mujeres solteras o casadas, chancero, burlón y a veces pendenciero” (EMILIO COTARELO Y MORI, *Colección de entremeses, loas, júcaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a mediados del XVIII*, (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, núm. 17, t. 1, vol. 1), Madrid, 1911, pág. CLIII; citado por RECOULES, págs. 51 y 52).

Los seis primeros grupos se refieren a accidentes geográficos y los tres últimos a los reinos vegetal y animal; el noveno grupo se refiere al hombre y es el más reducido (26 topónimos).

Como dato curioso damos las cifras de los topónimos, de acuerdo con los diferentes sectores de aplicación: 98 se relacionan con la orografía; 71, con la hidrografía; 93 se refieren a praderas; 67, a tierras. Antes de presentar el elenco de estos topónimos, nos explica Rubio lo que en aquella región se entiende por *tierra*: bajo dicha denominación sólo se considera la que produce centeno. La que se destina a toda otra suerte de cultivos, y es susceptible de regadío, se designa con el nombre de *eiros*. En la sexta agrupación se incluyen los topónimos que se refieren a otras particularidades del terreno y que alcanzan la cifra de 97. La séptima división es dedicada a los topónimos relacionados con los vegetales, y la octava, a los referentes a animales, con un total de 50 nombres para cada una de estas divisiones.

En la nota preliminar de este estudio transcribe el autor el concepto de don Manuel Alvar, quien releva la importancia de la toponimia en el campo lingüístico. Nos da luego un esquema del trabajo y enumera las nueve poblaciones que forman el Valle Gordo, en las que recogió el material de su estudio.

GABRIEL LLOMPART, C. R., *Una leyenda medieval mallorquina*, págs. 90-97. — Primeramente el autor describe una serie de cuadros referentes a la leyenda que narra y que motiva su artículo: el de la colección de la familia Furió-Deyá, de 1800; el que adorna el salón del ayuntamiento en la ciudad de Palma, que data de 1721 y que fue realizado por el pintor Jaime Blanquer y el que se conserva en el Museo de Bellas Artes de la Lonja de Palma y que anteriormente perteneció al extinto convento de dominicanos de dicha ciudad, pintado por Rafael Mogar en la centuria de 1400.

Inserta luego el texto de la leyenda y dos grabados que representan variantes de ésta.

El articulista se interesaba por desentrañar el origen de esta tradición y por su ubicación en el ámbito histórico; para ello acudió al archivo que perteneció al convento dominicano de Palma y allí encontró material referente a este acontecimiento en el libro del Padre Tomás Febrer, escrito en 1753, que, sin embargo, no da solución satisfactoria al problema de situar cronológicamente el suceso. En cuanto a esto, desaconseja el Padre Febrer el intento de ubicarlo temporalmente, pero en cambio recomienda que se le dé crédito y se valore la tradición oral que se mantiene tan pujante y vigorosa.

Llompарт, después de consultar las crónicas de la Orden de Predicadores, llega a la conclusión de que tal tradición carece de valor histórico, pues no se registra en los anales del mencionado convento la muerte en el mismo día de un sacerdote y un niño novicio, episodio con que culmina la leyenda.

Es esta leyenda fruto de la imaginación, pero se acrecienta y conserva gracias al valor de la tradición. En seguida, se analiza el núcleo de esta leyenda que Llompарт considera forastera en Palma y que otros sitúan en Venecia, Flandes y Speier.

Por último se considera el aspecto iconográfico, en que se advierte a las claras el estilo barroco, que quiso perpetuar en la pintura todo el contenido de la leyenda.

ELVIRO MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, *Leyendas del Nalón*, págs. 98-108. — Una introducción, cuatro leyendas y una conclusión forman el cuerpo de este trabajo.

En la introducción se hace hincapié en la influencia que tienen los ríos en el desarrollo de las leyendas, que surgen, se alimentan, robustecen y expanden en sus riberas, y esto es lo que ocurre con el Nalón en Asturias.

La leyenda asturiana es eminentemente religiosa y de ella brotan siempre conclusiones moralizadoras y estimulantes para obrar el bien y extirpar el mal.

El primero de estos relatos legendarios es el del penitente Adulfo que habitaba en la soledad al abrigo de un milenario y carcomido tronco. Las gentes de la vecindad lo consideraban santo y él también era consciente de su bondad. Este fue el medio de que el demonio, revestido de carne humana, en figura de mancebo, se valió para tentarle, pues le trajo a su hermana, la Carne, so pretexto de que la cuidara y defendiera de los peligros, ya que él debía ir a una guerra.

Efectivamente, el monje cedió a los incentivos de la concupiscencia y tuvo de la Carne un hijo que involuntariamente fue su verdugo, ya que éste, durante un banquete, al intentar quitarle la vida a un adversario, mató a su propio padre, que había trocado la austeridad, la sobriedad y la adustez de la vida eremítica por los goces carnales y la vida mundana.

El castigo de Dios no falta. Tras el involuntario parricidio, cae un rayo que fulmina a todos los participantes en la orgía.

La caída del penitente fue el castigo a su vanidad: la moraleja es evidente. El ermitaño desoyó los consejos dados a los eremitas por los anacoretas; se fió de su virtud y no huyó de la mujer, eterno enemigo del hombre.

La segunda leyenda, salpicada, como la anterior, de motivos religiosos, es la del Conde de Tiraña, famoso por su crueldad y egoísmo, y quien se creía con derecho a violentar a las jóvenes de la comarca y a quitar las vidas de sus vasallos. Entre los innumerables atropellos que cometió se recuerda el del asesinato del cura del lugar, en el momento en que oficiaba la misa, por el solo hecho de haberla iniciado antes de que él regresara de una cacería.

El Rey castigó este hecho obligándolo a destruir y reedificar el profanado templo, dejando fuera de él el lugar manchado por la

sangre del sacerdote victimado; pero el conde continuó cometiendo durante el resto de su vida desmanes hasta el momento de la muerte, que lo sorprendió impenitente y reacio al arrepentimiento. "Murió como vivió".

A su muerte vino el castigo: cuando llevaban sus despojos para sepultarlos en el panteón de la familia, una bandada de cuervos los arrebató y, según parece, los arrojó al pozo de Funeres, teatro de las fechorías del desdichado conde, ya que al día siguiente se vio a su perro favorito merodear al rededor del pozo, que, según la leyenda, no tiene fondo y desemboca en el infierno.

La tercera leyenda se titula *En paz con la Virgen*; es de carácter diametralmente opuesto a las anteriores y narra la historia de un mendigo baldado, de nombre Arturo, quien con inmensa fe acudía al santuario de la Virgen de la Cortina, el que durante el invierno proveía a las necesidades más elementales de su subsistencia. El mendigo habla con la Virgen, quien le presta dineros, que Arturo escrupulosamente contabiliza y devuelve cuando los tiempos se tornan mejores.

Un día de tantos se encuentra el cadáver del mendigo en el santuario, muy cerca de la imagen de la Virgen, y, al revisar su libreta, se encuentra la inscripción que da nombre a esta leyenda: estoy "en paz con la Virgen".

Por último tenemos la leyenda del bandido Barrabaxu, que después de una vida de desmanes y crímenes, siente la necesidad del arrepentimiento y acude al Monasterio de San Martín del Rey Aurelio, en donde se confiesa. El Padre que lo escucha en confesión, saca de su hábito un vaso de barro y le asegura que cuando lo llene de agua será absuelto por Dios de sus múltiples crímenes. El malhechor encuentra fácil la solución y se apresura a intentarla, pero en vano, pues el agua se niega a llenar el recipiente. Va de río en río, de fuente en fuente, hasta llegar al mar, sin lograr su propósito. De pronto se dirige al Santuario de Covadonga en donde se llena su vaso de lágrimas de arrepentimiento que le obtienen el perdón de sus innúmeras maldades. Ya perdonado por Dios, regresa al Monasterio de San Martín, se hace monje y el que antes fue terror y azote de la comarca, se convierte en bienhechor y consuelo de los habitantes del lugar.

VÍCTOR LIS QUIBEN, *Cancionero médico de Galicia*, págs. 203-227 y 333-388. — El autor ha realizado una magnífica compilación de coplas que aparece en la sección de Archivo de los fascículos 1-2 y 3 del tomo de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* que reseñamos.

En la nota inicial del trabajo se recalca en el interés que ofrecen los cantares y tradiciones gallegos, y el lugar preminente de éstos en el campo folclórico de la Península. Al leer las coplas se comprueba esta afirmación.

Muy laudable sería editar en un gran cancionero gallego este acervo de folclor que, según lo afirma Lis Quiben, está disperso en bibliotecas y archivos particulares.

Me parece de sumo interés el hecho de que en esta compilación se encuentren coplas para los más elementales actos de la vida. Coplas que son un elocuente testimonio de las costumbres, tradiciones y modalidades de la vida gallega hace unas cuantas centurias.

Al releer las coplas, se pueden comprobar las características que Lis Quiben anota en su nota de presentación: sencillez, ingenuidad, espontaneidad, ternura y el tono picaresco, que les da un carácter muy peculiar.

Los motivos que las inspiran son los frecuentes en la zona popular: el tema religioso, la agricultura, la geografía, el amor con su gama de aspectos, lo que el corazón ambiciona, los sentimientos que han podido satisfacerse y aquellos que permanecen insatisfechos; el dolor con sus múltiples manifestaciones, y que no es otra cosa que una enfermedad del alma y, por lo tanto, encaja lógicamente en un tratado de medicina popular.

En las 410 coplas de la primera parte del trabajo, ya de modo explícito, ya en forma implícita, la medicina constituye el motivo característico del trabajo y lo propio acaece con las 1.096 que integran la segunda parte.

Las 1506 coplas que forman el artículo son un tratado de medicina popular para las enfermedades corporales, y para las del espíritu también, como sucede con la *morriña*, equivalente a la *murria* de algunas regiones de Colombia, o con la *meiga*, que equivaldría entre nosotros a la *manigua* llanera, es decir a la nostalgia de un paisaje y de un lugar.

Es curioso observar cómo muchas de estas coplas gallegas han llegado a nosotros y se han incorporado a nuestro acervo popular con pequeñas variantes. Transcribo sólo dos ejemplos que me parecen suficientes para confirmar esta aserción:

*San Pedro como era calvo,  
a Cristo lle pedie pelo,  
e Cristo lle respondeu:  
Pedro, non son peluqueiro.*

[Colombia:]

San Pedro, como era calvo,  
a Cristo le pidió pelos  
y Cristo le contestó:  
déjate de pelos, Pedro.

*Señora Santa Lucía,  
feita de pau de amieiro,  
dá-melle vista os meus ollos,  
que non vos custa diñeiro.*

[Colombia:]

Señora Santa Lucía,  
abogada de los ciegos,  
dales a mis ojos vista,  
que no te cuesta dinero.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J., *Función de reyes y pastores por la huerta de Murcia*, págs. 527-531. — El padre Brugarola hace un breve relato de las conmemoraciones de Epifanía, huída a Egipto, degollación de los Inocentes, encuentro con Dimas y escenas secundarias que se celebran el 6 de enero en los pueblecitos y aldeas vecinos a la ciudad de Murcia.

El relato ofrece una característica fundamental de la vida del pueblo español: su gran religiosidad que lo impulsa a dramatizar los hechos de la natividad del Señor para vivir intensamente este ciclo litúrgico.

En versos de buena factura se desarrolla el drama. Van apareciendo la estrella, representada por una niña; los reyes magos, con sus nombres y características; Herodes, con sus peculiares actitudes de egoísmo y crueldad; los verdugos; Raquel, la madre que no quiere permitir el sacrificio de sus hijos y los pastores, que protegen a la Santa Familia. La Virgen, San José y el Niño, de personalidad bondadosa, son algo muy conocido para el pueblo español y que se ha asimilado muy íntimamente al acervo de su tradición. Por eso, estos acontecimientos se dramatizan y se viven intensamente, con peculiaridades regionales, pero con la nota unificadora de la fe y la creencia viva.

PILAR GARCÍA DE DIEGO, *Canciones de Navidad*, págs. 532-544. — Doña Pilar esboza en breves líneas el contenido de su trabajo y señala las diferencias existentes en las celebraciones navideñas en distintas regiones de España, país en donde se efectúan con gran alegría y alborozo. Estas conmemoraciones se inician en muchas regiones en la primera semana de Adviento.

*El Nacimiento* se titula el primer cántico navideño que trascribe; consta de 17 estrofas, cada una de cuatro versos de seis sílabas en que riman segundo y cuarto; fue recogida en Colmenar de la Oreja, y en ella, luego de pedir la anuencia del auditorio, se narran diferentes episodios muy conocidos para el pueblo cristiano: las dudas de San José, la petición de posada, la llegada al pesebre, el nacimiento del Niño, la adoración de los pastores y reyes, el fulgor de la estrella

orientadora y las ofrendas de los zagales. Las estrofas son de gran delicadeza y dan al relato un matiz de ingenua alegría. Ponen en labios de San José consideraciones poéticas de gran espontaneidad y belleza:

San José decía:  
— Abre, mesonero,  
traigo una rosa.  
La marchita el hielo.

*Tarará* es la segunda canción que transcribe la autora, recogida por ella en Villaescusa de Haro. Según lo afirma la articulista, es una variante del *Talandar*, canción de Adviento, en que se hace un recuento de las horas que faltan (a partir de la una) para que nazca el Niño Jesús. A cada hora corresponde una estrofa de tres versos: el primero de nueve sílabas rima con el segundo, que es octosílabo; el tercero, también octosílabo, es el mismo en las doce estrofas. El estribillo, que se repite después de cada una de las doce estrofas, está constituido por tres versos de los que riman el primero, de nueve sílabas, con el tercero, de siete. El verso intermedio consta también de siete sílabas. A continuación transcribe doña Pilar una variante del *Talandar* recogida en Robledo de Chavela. Luego ofrece una versión de *Las doce palabritas dichas y retornadas*, recogida en Castilla y cantadas allí en las noches de Adviento. En Colombia (Boyacá) encontramos una variante de esta canción que se reza como oración cuando hay tempestades, y que más que oración de tiempo de Adviento o Navidad, es plegaria de la época de Cuaresma o Semana Santa. Aquí la conocemos bajo el nombre de *Las trece palabras*.

*La huída a Egipto* es una historia candorosa y sentida que rememora el episodio de la huída a Egipto, salpicándolo de mil leyendas que contribuyen a dar más colorido a la escena central.

A continuación describe brevemente la autora la conmemoración del día de Inocentes, en la que campean el colorido, la religiosidad y la tradición. Es ésta una fiesta eminentemente infantil y los niños son los protagonistas centrales. Sigue luego una síntesis de las *botargas*, cuyo centro parece ser el diablo, que atemoriza a los niños, pero que a última hora resulta vencido en la reyerta. Finalmente trae las dos versiones de la canción del *Niño perdido*, un recuento de la historia de la pérdida del Niño en el viaje que hizo con sus padres a Jerusalén. No faltan aquí consideraciones piadosas sobre las virtudes de los personajes, la humanización de éstos y la invención de episodios para aderezar y dar mayor interés al relato.

LUIS FRANCISCO SUÁREZ PINEDA.

Instituto Caro y Cuervo.